

Yo fui una niña bodeguera



CLARA MANZANO

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN



He pasado un largo verano aquí, en el campo de Calatrava, en territorio Mancha, como me gusta llamar a esta entrañable tierra nuestra, Tierra que es en la literatura.

Largos meses de la canícula que ya quedan en el recuerdo. Así, he visto transcurrir lentamente este verano, triste, pesado, incierto, extraño.

Un triste autoconfinamiento

Concluido el confinamiento oficial, la gente se autoconfinó por la fuerza de los hechos, o en libertad. ¿Dónde quedar, con casi todos bares cerrados? ¿A dónde ir, con las amistades que no salen a alternar, como se decía antes a la vida de sociedad? ¿A quién llamar, si tienen miedo? Qué tristes estaban los pueblos, qué triste estaba La Mancha.

Todo incómodo y extraño. Hablar con máscara (mordaza pareciera). Toda la expresividad del rostro perdida, la voz que se presta a confusión, el equívoco de echarse una aceituna a la boca tapada. Salir a tomar el fresco en la calle, silenciosos, juntos, con la máscara. Todo un absurdo surreal y, sin embargo, tan real. Esta es la ficción real que nos habita.

Por la Avenida de las Tinajas, Valdepeñas. En estos largos días, he vivido esta llanura poblada de bodegas, adornada de tinajas. Cómo no admirar la larga Avenida de las Tinajas, en la querida y atractiva ciudad de Valdepeñas. La he atravesado en una hermosa noche de verano, majestuosa, iluminada, so-

lemne. Volví a la infancia. Me pareció como aquella avenida de las esfinges egipcias, esplendoroso decorado de los Ptolomeos, en las películas de Cecil B. de Mille, aquel hermoso tecnicolor de Hollywood. Quién sabe si la Avenida es unos Campos Elíseos a lo manchego.

En estos largos meses entre vides, el verdor omnipresente de la tierra del Campo de Calatrava, ha venido a mi recuerdo la mi infancia de niña bodeguera. Sí, yo fui una niña criada entre el olor del mosto y la tierra. Qué huella.

El tiempo perdido / El tiempo recobrado. Aquellos nombres de la infancia, secretos entre manchegos, conocedores del mostillo, el arrope, el ajo vivo. Aquella nomenclatura que aprendí en la bodega: el jaraíz, el chilanco, el empotro, la prensa de las uvas, el dorrajo, el cenacho, el costal.

Los días se suceden idénticos a sí mismos. La más pequeña variación se exaltaba como una gran novedad. Como en los antiguos días de colegio, una visita, una comida, una salida especial, me producía una gran exaltación dentro de los días uniformados del internado. Otra forma de cautiverio. El tornillo sin fin, una gran metáfora. El tiempo es un curioso, tal vez hermoso, tornillo sin fin.

En este confinamiento en el que he vivido, el día como una liturgia fija se reiteraba sin traicionar gesto alguno. Así un día y otro, con la sorpresa de que ya había pasado el

día. Producía una sensación de incredulidad. Sin embargo, en las aspas del tornillo sin fin (la gran metáfora que encontré para esta sempiterna liturgia de mis días) se trituraban cosas que llegaban del mundo, triviales informaciones, videos reiterados ad nauseam, entretenimientos no pedidos que detesto.

A veces, en el tornillo sin fin de los días, caían briznas de afecto y las cosas del amor que este tiempo de soledad / tiempo de amistad, traía a veces, como escasas e improbables pepitas de oro.

Era un tiempo de soledad, de cancelación de la vida social, de exclusión del exterior, de negación de toda agenda, que produce el gran efecto de un paladar limpio. El ayuno de lo externo me dejaba todos los sentidos como recién estrenados para el recuerdo. Vibraban mis antenas, hacia atrás y hacia adelante, hacia insospechados huecos de mi memoria.

Para que todo aparezca, en esencia, sin accidente o intromisión alguna, el alma necesita huecos libres, estancias grandes desamuebladas donde ver y expandirse. Nada peor que una sillería Luis XVI para obstaculizar el tránsito del alma.

Miraba, una y otra vez, al tornillo sin fin en que se habían convertido mis días y aquel que recuerdo de mi infancia de niña bodeguera.

Lo instalaron en la bodega de mi abuelo. Transportaba las uvas. Era fascinante observarlo. Pensé en la eternidad. Sentir/gozar.

El inconsciente es el gran hangar de Ikea pero muy desordenado, más aún, sin orden ni concierto. Necesita espacio-tiempo para aflorar, para salir a la luz en forma de joya o de piedra preciosa.

De este modo, emergió el tornillo sin fin en un rato de ensoñación, tal y cómo lo conocí en la infancia.

Con asombro entusiasmado, en un eureka sin fin (como el tornillo) pensé, así será la eternidad: un tiempo sin tiempo, un algo que nunca acaba. ¡Ya lo tengo! La eternidad es un tornillo sin fin.

Mi abuelo compró un enorme tornillo sin fin para las uvas de su bodega. Yo lo contemplé durante largas horas. En realidad, contemplaba el difícil concepto de la eternidad.

Si no tuviera este tiempo sin tiempo, sin agenda, sin gente, sin horarios, sin mundo, no hubiera aparecido en mi mente este maravilloso recuerdo del tornillo sin fin, que me ha hecho feliz sin fin, por un momento.

** Profesora titular de Sociología (UCM), escritora y poeta. antonieta006@gmail.com*